

«La traviata», de Verdi, éxito del barítono español Vicente Sardinero

En la quinta reposición dramática del XXIII Festival de Opera de la ABAO, escuchamos anoche, en el Coliseo Albá, «La traviata», melodrama en tres actos con libreto de F. M. Piave y música de Giuseppe Verdi.

Elenco artístico: Maddalena Bonifaccio (Violeta), Jaime Aragall (Alfredo), Vicente Sardinero (Germont), Giovanna di Rocco (Flora y Annina), Giovanni Foiani (Dotto-re), Franco Ricciardi (Gastone), Nino Carta (Barone), Juan Pons (Marchese), coros de la ABAO y orquesta sinfónica bajo la dirección de Alberto Paoletti.

No llegamos a comprender cómo Maddalena Bonifaccio y Jaime Aragall, en su actuación de ayer, a teatro lleno, no lograron entusiasmar al público. Ambos parecían sufrir del mismo mal: ahogo. Pero, al menos, Maddalena Bonifaccio demostró sus muchos recursos para salir más airosa de la situación. En cambio, Jaime Aragall, ni con recursos ni sin ellos pudo alcanzar un momento placentero...

En el primer acto —como en los dos siguientes—, en el que «Violeta» tiene momentos de expresivo lirismo —recitativo «E strano, e strano» y el aria «Ah, fors'è lui che l'anima», con ese otro específico fragmento del aria «Sempre libera» y en la cadencia luminosa previa—, no exteriorizó unas facultades ni siquiera similares a las que pusimos de relieve en «Lucia di Lammermoor». Careció de color, brillantez y calor.

Algo similar le sucedió a Jaime Aragall, pero, quizá, en él se hicieron más notorias estas faltas, porque si en el primer acto pasó sin trascendencia alguna, en el segundo, y en el aria «Lungeva lei per me non v'ha diletto», los aficionados que esperaban de su temperamento el natural crecimiento, se encontraron con un Aragall ausente de intensidad, energía e incluso vehemencia (cual era requerida en el argumento). Cuando va parecía que el comienzo del tercer acto había dado lugar (más que de sobra) a que se «calentara» la voz, resultó la esopera inútil. Si puso, no obstante, algo más vigor y apasionamiento, pero sin calar en el ánimo de los espectadores. Francamente, estuvo desigual de voz.

Vicente Sardinero, en contraposición con los dos solistas anteriores, tuvo su gran noche. Mantuvo una tónica ascendente en sus intervenciones y, en su voz, se hizo notoria una muy plausible igualdad, desde el principio al final. Matizó y expresó con hondura, pro-

fundizando en su papel y cantando con gusto sobresaliente la celebrada aria «Di Provenza il mar...». En este momento éste en el que el público le premió con la ovación más entusiasta de la noche, y es que, realmente, estuvo magnífico.

Giovanna di Rocco, en su duplicidad de personajes, resolvió su cometido siempre con el loable afán no sólo de cumplir, sino de alcanzar metas señaladas. Y lo consiguió.

De igual modo —aunque sus personajes tuvieran menores intervenciones—. Giovanni Foiani, Juan Pons, Nino Carta y Franco Ricciardi, complementaron con justeza su presencia en el drama.

Los coros de la ABAO, que, como es sabido, prepara y dirige Urbano Ruiz Laorden, estuvieron a una espléndida altura artística desde el comienzo hasta el final de la ópera. Ellos fueron, al igual que Vicente Sardinero, triunfadores de esta representación verdiana.

La actuación del Ballet del Liceo de Barcelona, encabezado por las hermanas Asunción y Ángela Aguadé (bailarina estrella y primera bailarina, respectivamente, junto al bailarín estrella Alfonso Rovira y al primer bailarín Fernando Lizundia, en el trabajo efectuado (particularmente este cuarteto de figuras) resaltaron excelentes cualidades, encomiables desde todos los puntos de vista.

La orquesta, aceptable bajo la dirección del maestro Paoletti, quien, aunque salvó desajustes atinadamente, no es menos verdad que, en cierto modo, él mismo los motivó.

Diego Monjo, como regidor escénico, hizo una encomiable labor. El vestuario, cuidado y apropiado (aunque los zapatos de «Alfredo» fueran los mismos en el gran salón del acto primero y en el campo, en el acto segundo)... Luces, atrezzo, decorados, etcétera, bien.

Resumiendo: noche de éxito para Vicente Sardinero, figura indiscutible de «La traviata».

CABALLERO ROBLEDO

